

Dominique Lapierre y Larry Collins
¿Arde París?

Biblioteca Dominique Lapierre

Dominique Lapierre y Larry Collins

¿Arde París?

Traducción de Joaquín Rodríguez Castro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Paris brûle-t-il*

© Dominique Lapierre y Larry Collins, 1964

© por la traducción, Joaquín Rodríguez Castro, cedida por Random House Mondadori, S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2011

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: mayo de 2011

Depósito Legal: M-12.851-2011

ISBN 978-84-08-10208-3

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

El 23 de agosto de 1944, a las once de la mañana, los telegrafistas del gran cuartel general de Hitler transmitieron una orden ultrasecreta y muy urgente.

Sus destinatarios eran: El comandante en jefe del Oeste, el jefe del Grupo B de Ejércitos, el 1.^{er} Ejército, el 5.^o Ejército Blindado y el 15.^o Ejército. La orden se limitaba a repetir lo que el Führer acababa de decir a sus generales en su búnker de Rastenburg. Era intención del Führer dejar zanjado con ella, de una vez para siempre, el destino de París.

Geh. Kommandosache Chefsache

Nur durch Offizier

KR Blitz

O. B. West Ia

Okdo d. H. Gr. B. Ia

A. O. K. 1

Pz. A. O. K. 5

A. O. K. 15

La defensa de la cabeza de puente de París es de una importancia capital en el plan militar y político. La pérdida de la villa ocasionaría el derrumbamiento de todo el frente del litoral al norte del Sena y nos privaría de nuestra base de lanzamiento para la lucha a distancia contra Inglaterra.

Siempre, a lo largo de la historia, la pérdida de París ha traído consigo la pérdida de toda Francia.

El Führer reitera, pues, la orden dada: París debe ser defendido en su posición-cerrojo delante de la Villa. A este fin, recuerda los refuerzos anunciados por el comandante en jefe del Oeste.

En la Villa misma, debe procederse contra las primeras señales de sublevación con las medidas más enérgicas, tales como destrucción de manzanas de casas, ejecución pública de cabecillas, evacuación del barrio amenazado. Éste será el mejor medio para impedir que tales movimientos se extiendan.

Se preparará la destrucción de los puentes sobre el Sena. París no debe caer en manos del enemigo o, por lo menos, el enemigo no debe encontrar más que un montón de ruinas.

O.K.W./W. F. St./Op. (H)

Nr. 772989/44

23-8-44

11.00 horas

Primera parte

La amenaza

1

Nunca se retrasaba. Todas las tardes, cuando llegaba con su viejo máuser, con los gemelos enfundados dentro del raído estuche y su gamella, los habitantes de May-en-Multien solían decirse: «¡Las seis! ¡Ya llega el alemán!» E, invariablemente, mientras cruzaba la plaza del pueblo, desde el campanario románico de la pequeña iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, que databa del siglo XII y se hallaba encaramada en la altura que remontaba el Ourcq, se difundían las primeras notas del ángelus de la tarde.

El alemán se dirigió a la iglesia, como cada tarde. Era un *Feldwebel* de la Luftwaffe, de sienes ya grisáceas. Antes de entrar, se descubrió. Luego, con la gorra en la mano, subió lentamente los peldaños de la escalera de caracol que llevaba al campanario. Allí, en lo alto, había una mesa, una estufita de petróleo y una silla, cuyo asiento de paja podía levantarse para transformarse en un reclinatorio. Sobre la mesa, se veía un mapa del Estado Mayor, una guía de los correos franceses y un teléfono de campaña. El campanario de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción era un observatorio de la Luftwaffe.

Con sus gemelos, el alemán podía vigilar desde allí toda la región. Su mirada abarcaba un gran recodo del Marne, desde las flechas de la catedral de Meaux, al sur, hasta las murallas medievales del castillo de La Ferté-Milon, diecisiete kilómetros al norte, incluyendo la importante aldea de Lizy, con sus casas de color de yeso, y los ribazos verdeantes del valle del Ourcq, bordeado de álamos.

Al cabo de pocas horas, caería la noche sobre aquel paisaje lleno de dulzura. El *Feldwebel* del campanario, siempre atento a los ruidos del

cielo y escrutando las tinieblas que le rodeaban, comenzaría entonces una nueva noche de guardia, que sería la número cincuenta y ocho, a partir de la invasión. A las primeras luces del alba, descolgaría el teléfono de campaña y daría su informe al cuartel general regional de la Luftwaffe, en Soissons. Hacía ya doce días, desde la última luna llena, que los informes del *Feldwebel* eran invariables: «Sin novedad en mi sector.»

Los alemanes sabían que los aliados esperaban siempre la luna llena para efectuar sus envíos en paracaídas a la Resistencia francesa. El calendario que descansaba sobre la mesa del campanario indicaba que faltaban aún dieciséis noches para la luna llena, o sea, para el 18 de agosto.

El alemán estaba convencido de que nada iba a suceder en aquel pequeño sector de la Francia ocupada que estaba bajo su vigilancia. Creía, pues, poder dormir sin temor alguno sobre el reclinatorio de las religiosas de May-en-Multien, aquella noche del 2 de agosto de 1944. Pero estaba equivocado.

Durante su sueño, a menos de tres kilómetros en línea recta del campanario, dos hombres y una mujer¹ de la Resistencia balizaban un área de aterrizaje para paracaidistas en un campo de trigo, propiedad del granjero Rousseau. Poco después de las once, se dejó oír por fin el ruido que esperaban, el sordo runrún de un bombardero Lancaster, que volaba a baja altura sobre el valle del Ourcq. Encendieron entonces sus lamparillas.

Tan pronto como hubo visto desde arriba el pequeño triángulo luminoso que buscaba en la oscuridad, el piloto del bombardero apretó un botón y en la carlinga del avión se apagó una luz roja y se encendió a continuación una verde. Ésta era la señal que esperaba un hombre para lanzarse al vacío.

Mientras se balanceaba en el silencio de la noche tibia, el paracaidista —un joven estudiante de medicina, de nombre Alain Perpezat— era muy consciente del cinturón que le ceñía el vientre. Ese cinturón con-

1. Se trataba de Jean Laire, actualmente director de la Cooperativa Agrícola de Lizy-sur-Ourcq, del tratante en granos René Body y de su mujer, Odette.

tenía cinco millones de francos. Sin embargo, Alain no había saltado sólo para transportar esa pequeña fortuna. Disimulado en la suela de su zapato izquierdo, llevaba un trozo de seda en el que iba escrito un mensaje consistente en dieciocho grupos de letras en clave. Sus jefes consideraban que este mensaje era tan importante y de tal urgencia que, contra su costumbre, habían decidido que el lanzamiento en paracaídas se efectuaría en una noche sin luna.

El propio Perpezat ignoraba el contenido del mensaje. Lo único que sabía era que debía entregarlo, lo más pronto posible, al jefe del Servicio de Inteligencia en Francia. El nombre de guerra de dicho jefe era Jade Amicol y su cuartel general radicaba en París.

Eran ya las siete de la mañana siguiente, cuando Perpezat salió del pajar en donde había sido ocultado por los elementos de la Resistencia después de su aterrizaje. El equipo paracaidista quedaba cuidadosamente enterrado bajo un montón de abono. Alain se dirigió, a campo traviesa, hacia la carretera nacional número 3. No le quedaba más que un recurso para llegar a París, que distaba ochenta kilómetros de allí: el autoestop.

Pasaron varios vehículos. Por fin, un camión se detuvo a sus requerimientos. Aterrorizado, Alain se dio cuenta —demasiado tarde— de la placa de metal sobre la cual campeaba la escarapela roja, amarilla y negra de la Luftwaffe. En la plataforma del camión iban cuatro soldados alemanes, cubiertos con cascos. Llevaban una ametralladora antiaérea. Se abrió la puerta de la cabina y el chófer preguntó: «*Nach Paris?*» Dominando su terror, Alain sonrió y se acomodó al lado del alemán, un viejo reservista. Al sentarse, el paracaidista sintió de nuevo la presión del cinturón lleno de billetes. De repente, le pareció que adquiriría un peso enorme y se preguntó si lo abultado de su vientre no llamaría la atención del alemán. No obstante, el chófer embragó sin decir palabra. Y el pesado Mercedes reemprendió su marcha hacia París.

Las nueve hermanas de la Orden de la Santa Agonía, arrodilladas en la penumbra de su capilla, desgranaban el tercer rosario del día. De súbito tres timbrazos largos, seguidos de uno corto, rompieron el silen-

cio del convento. Dos de ellas se levantaron de inmediato, se persignaron y salieron. Para la hermana Jean, la superiora, y la hermana Jean-Marie Vianney, su ayudante, estos timbrazos suponían una señal. Su significado era: «Visita importante.»

Durante cuatro años, los alemanes habían buscado desesperadamente este convento parisiense, sito en el número 127 de la calle de la Glacière. En el locutorio de su viejo edificio, que se levantaba en la esquina de un solar y de las murallas siniestras del hospital psiquiátrico de Sainte-Anne, se ocultaba el cuartel general de Jade Amicol, el jefe del Servicio de Inteligencia en la Francia ocupada.

Protegido por estas viejas piedras y por el valor tranquilo de un puñado de religiosas, el cuartel general de Jade Amicol había resistido a todos los terribles golpes asestados por la Gestapo a la Resistencia francesa, a todas las filtraciones, a todas las denuncias, a todas las investigaciones.²

A través de la mirilla de la estrecha puerta de roble del convento, la hermana Jean pudo ver el rostro de un hombre joven.

—Mi nombre es Alain. Traigo un mensaje para el coronel.

La hermana Jean abrió la puerta y se asomó al umbral para asegurarse de que el joven estaba solo y no había sido seguido. Luego, le hizo señas de que entrara.

Ya en el locutorio, bajo el severo retrato del lazarista desconocido fundador de la Orden de la Santa Agonía, Alain Perpezat se quitó el zapato izquierdo. Ayudado por un cuchillo, fue separando las varias capas de suela. Al fin sacó un pedazo de seda que entregó a un hombre, una especie de gigante calvo, de ojos azules, que esperaba tranquilamente sentado en un sillón. Aquel hombre era el coronel Claude Olivier, alias *Jade Amicol*.

2. En 1943, se había celebrado incluso en el locutorio del convento una entrevista secreta entre el almirante Canaris y el jefe del Servicio de Inteligencia en Francia. Canaris deseaba que se preguntara a Churchill cuáles serían, eventualmente, las condiciones para una paz entre Alemania y los aliados. Jade Amicol transmitió la pregunta a Londres. Quince días después, llegaba la contestación de Churchill al número 127 de la calle de la Glacière. Constaba solamente de dos palabras: «Capitulación incondicional.»

El coronel echó una ojeada a las misteriosas letras escritas sobre el trozo de seda, e hizo una seña a la hermana Jean, que se alejó a pasitos rápidos. Algunos minutos después, la hermana regresó con algo que parecía un pañuelo, la rejilla que utilizaba Jade Amicol para leer los mensajes cifrados. La tela, fina como el acero de una hoja de afeitar, era de un material soluble que podía ser tragado instantáneamente en caso de peligro. La hermana Jean la guardaba en la capilla, bajo el tabernáculo del altar del Buen Ladrón.

Ollivier ajustó la rejilla sobre el mensaje que el visitante acababa de entregarle. A medida que descifraba las últimas líneas, su rostro se iba ensombreciendo. El mensaje decía que el Alto Mando aliado «había tomado la decisión de contornear París y retrasar su liberación todo el tiempo posible. Les advertimos de que bajo ningún pretexto será modificado este plan». El mensaje iba firmado: «General.»³

El coronel levantó la cabeza para mirar a Alain:

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es una catástrofe!

En la habitación de al lado el tintineo de las primeras notas del carillón de un reloj Luis XIII al dar las doce del mediodía resonó en el silencio del convento.

2

Aquella mañana de agosto, París vivía el día 1 503 de ocupación. Exactamente al mediodía, el soldado de segunda clase Fritz Gottschalk, al igual que los doscientos cincuenta hombres del 1.^{er} *Sicherungs-Regiment*, al que pertenecía, bajó por la avenida de los Campos Elíseos. Por el contrario, eran pocos los parisienses que, aquel día, permanecían en las

3. «General» era el nombre en código del general Menzies, jefe supremo del Servicio de Inteligencia. Sólo en los casos extremadamente importantes, firmaba con su propio nombre los mensajes enviados a los agentes del Servicio de Inteligencia.

aceras de la avenida triunfal para contemplar el desfile cotidiano del soldado Gottschalk y de sus camaradas. Hacía ya tiempo que los parisienses habían aprendido a evitar tales humillaciones. Desde el 15 de junio de 1940, las únicas banderas tricolores que podían ver libremente eran las que se encontraban en los Inválidos, guardadas en las vitrinas polvorientas del Museo del Ejército.

Los colores rojo y negro que flotaban sobre la punta de la Torre Eiffel correspondían al emblema nazi, con la cruz gamada. Los mismos colores adornaban centenares de hoteles, monumentos e inmuebles de toda clase, requisados por los conquistadores de París.

Bajo las arcadas de la calle de Rivoli, alrededor de la plaza de la Concordia, ante el Palacio de Luxemburgo, la Cámara de los Diputados y el Quai d'Orsay, las garitas negro, blanco y rojo de la Wehrmacht impedían a los parisienses el paso por las aceras de su propia ciudad.

Otros hombres montaban la guardia ante el número 74 de la avenida Foch, ante el número 9 de la calle de Saussaies y ante otros edificios más discretos, pero no menos conocidos. Llevaban sobre sus hombros la enseña de las SS. Los vecinos de aquellas casas dormían mal. Durante la noche, por las ventanas de dichos edificios brotaban gritos que no podían ser ahogados.

Los alemanes habían llegado incluso a modificar el aspecto de la ciudad. Más de un centenar de sus estatuas más bellas habían sido derribadas, entre ellas el enorme bronce de Víctor Hugo, el cantor de la libertad, que se alzaba antes cerca de la casa donde el escritor había fallecido. Enviadas a Alemania, fueron fundidas y transformadas en cañones.

Los arquitectos de la organización Todt las habían sustituido por monumentos menos evocativos, pero más eficaces; decenas de pequeños blocaos, cuyas armas dominaban las principales esquinas de París.

Ante las sillas de mimbre del Café de la Paix, había surgido un verdadero bosque de carteles indicadores. Las direcciones en ellos marcadas llevaban nombres extraños: *Der Militärbefehlshaber in Frankreich*, *General der Luftwaffe* y *Hauptverkehrsdirection Paris*. Aquel verano, se había añadido un nuevo cartel. En él se leía: «Zur Normandie Front».

Los amplios bulevares de la ciudad no se habían visto jamás tan vacíos. No había autobuses. Los taxis habían desaparecido por completo

desde 1940. Los pocos vehículos que poseían el *ausweis* de los alemanes para circular utilizaban como carburante el carbón de encina. Este dispositivo recibía el nombre de gasógeno y esparcía por las calles un humo negro y acre.

Los reyes de la calle eran la bicicleta y el caballo. Los parisienses les dedicaban cuidados y afectos que nunca habían concedido antes a los automóviles. Algunos taxistas habían transformado su vehículo en *fiacre*. Otros habían inventado el ciclo-taxi. Varios de estos curiosos ingenios eran conducidos por antiguos corredores de la Vuelta a Francia. Muchos de estos ciclo-taxis llevaban un nombre que expresaba el espíritu burlón de los parisienses que los alemanes no llegaron a dominar nunca: *Los tiempos modernos* o *Siglo xx*.

El Metro cerraba de las once a las tres en los días laborales y todo el día durante el fin de semana. Por la noche, dejaba de funcionar a las once. El toque de queda sonaba a medianoche. Cuando los alemanes detenían a un parisiense por la calle después del toque de queda, lo llevaban a la *Feldgendarmarie* y, por lo general, le obligaban a limpiar botas o a recoser botones hasta la mañana siguiente. Mas, por el solo crimen de haber perdido el último Metro, algunos hombres y mujeres se convirtieron en rehenes de los alemanes y fueron fusilados cobardemente cuando había sido abatido algún miembro de la Wehrmacht.

Las tabernas dejaban de servir alcohol tres días por semana. En las terrazas de los cafés, los parisienses degustaban un líquido negruzco, a base de bellotas, al que se había dado el nombre de «café nacional».

La ciudad vivía prácticamente sin gas ni electricidad. Las amas de casa habían aprendido a cocinar quemando bolas de papel dentro de unos pequeños hornos, fabricados con latas de conserva.

Pero, por encima de todo, París estaba hambriento. Convertido en una aldea grande, París despertaba cada día con el canto de los gallos. Los parisienses habían convertido en gallineros sus bañeras, sus armarios, las habitaciones de los huéspedes. Los niños criaban conejos en sus habitaciones, dentro de cajas de juguetes. Antes de salir para la escuela, cada mañana iban a escondidas, ya que estaba prohibido, a coger hierba en los jardines públicos, con la cual alimentar a sus inquilinos.

Durante todo aquel mes de agosto, los parisienses, a cambio de sus

boletos de racionamiento, no recibirían más que dos huevos, cien gramos de aceite y ochenta gramos de margarina. La ración de carne era tan pequeña que los *chansonniers* aseguraban que podía envolverse en un billete de Metro, a condición de que no hubiese sido picado, pues, de ser así, la carne corría peligro de escurrirse por el agujerito. Lo cual viene a decir que, a pesar de todo, París se esforzaba en seguir riendo.

Se veían pasquines que invitaban a los obreros parisienses a «unirse con los obreros alemanes», o bien, a ingresar en la «Legión contra el Bolchevismo». En las primeras hojas de los periódicos colaboradores, tales como *Le Petit Parisien*, *L'Oeuvre* y el semanario *Je Suis Partout*, se decía que «ir a trabajar a Alemania no suponía ser deportado» y se declaraba enfáticamente que «el Alto Mando alemán confiaba en el porvenir, ahora más que nunca». En las hojas interiores, había anuncios ofreciendo «caballos para toda clase de mudanzas».

Las oficinas de la Waffen SS, en el número 13 de la calle Auber, no dejaron de reclutar voluntarios para el Tercer Reich hasta el 16 de agosto.

No obstante, París había conservado su corazón de antes de la guerra. Las mujeres no habían sido nunca más bonitas. Cuatro años de restricciones y el uso diario de la bicicleta, habían endurecido su cuerpo y afinado sus piernas. Y a pesar de la escasez de telas, aquel verano, llevaban grandes sombreros de flores, como en las pinturas de Renoir.

Madeleine de Rauch, Lucien Lelong y Jacques Fath habían lanzado en el mes de julio la moda marcial: hombros cuadrados, cinturas anchas, faldas cortas.

Algunas de las telas eran de fibra de madera. Se decía en broma que, al mojarse cuando llovía, brotaban de ella retoños.

Aquel mes de agosto, los parisienses no salieron de vacaciones. La guerra hacía estragos sobre el suelo de Francia y nadie había podido desplazarse a la playa o a la montaña. Las escuelas seguían abiertas. Muchos se tostaban al sol en las orillas del Sena. El río se había transformado, aquel año, en la mayor piscina del mundo.

En el Maxim's, el Lido y en algunos cabarets como el Shéhérazade y Suzy Solidor, se encontraba aún champaña y caviar para los colaboradores y sus amistades y para los nuevos ricos del mercado negro.

Aquella semana, un francés afortunado había de ganar seis millones de francos con el número 174 184, del 28.º sorteo de la Lotería Nacional –más de lo que Alain Perpezat había traído a París, dentro de su cinturón de paracaidista.

Los sábados, domingos y lunes se celebraban carreras de caballos en Longchamp y en Auteuil. Los caballos estaban algo más delgados que antes de la guerra, pero las carreras seguían contando con sus miles de fanáticos. Luna Park fijaba pasquines publicitarios, consolando a los parisienses por no haber podido salir de vacaciones: «Encontraréis aquí –decían– aire fresco y sol.»

Yves Montand y Edith Piaf cantaban juntos en el Moulin Rouge. Serge Lifar hacía balance de la última temporada de danza y felicitaba a dos jóvenes desconocidos: Zizi Jeanmaire y Roland Petit.

Seguían abiertos algunos cines, que funcionaban gracias a generadores eléctricos, movidos por pedaleadores esforzados. En el Gaumont Palace se ofrecía aparcamiento gratuito para trescientas bicicletas.

Los teatros sólo abrían durante las horas en que las oficinas estaban cerradas. Las representaciones empezaban a las tres de la tarde.

Las columnas Morris anunciaban más de treinta obras distintas. En el Vieux Colombier se representaba *Huis Clos*. Su autor, Jean-Paul Sartre, se escondía en un granero y escribía folletos para la Resistencia.

Sin embargo, aquel memorable verano, una costumbre sagrada retenía cada noche a los parisienses en su casa. Durante la media hora escasa que duraba el suministro de electricidad, con la oreja pegada a los aparatos de radio, trataban de oír, a través de las interferencias alemanas, las prohibidas noticias de la BBC de Londres. La noche del 3 de agosto, al final de una bella jornada, millones de parisienses oyeron una noticia, que sería el anuncio de su propia e inminente pesadilla. Varsovia, ardía aquella noche. Mientras los liberadores soviéticos se hallaban a las mismas puertas de la ciudad, la guarnición alemana aplastaba la insurrección prematura de sus habitantes. Pronto la capital polaca no sería más que un montón de escombros, bajo los cuales quedarían enterrados doscientos mil de sus habitantes.

Pero París aún estaba intacto. Desde todas sus ventanas, los parisienses podían contemplar aquella noche el milagro más sorprendente

de la guerra: Notre-Dame, la Sainte-Chapelle, el Louvre, el Sacré Coeur, el Arco del Triunfo, los Inválidos, todos estos monumentos que hacen de la Villa el faro de la civilización humana, salían de cinco años del conflicto más destructor de la historia sin un solo arañazo.

Se acercaba ya la hora de la liberación. Y París se vería pronto amenazado por la misma suerte horrible corrida por Varsovia. Tres millones y medio de parisienses, conscientes de ser los guardianes de un tesoro inestimable, temían cada vez más tal amenaza. Y, junto con ellos, millones de seres esparcidos por el mundo entero, para los cuales París era el símbolo de los valores por cuya defensa el mundo libre se batía contra la Alemania nazi.

No obstante, para tres hombres, separados entre sí por miles de kilómetros, París representaba otra cosa aquella noche. Para ellos, París significaba entonces un objetivo.

3

Para el estadounidense que había de liberarlo, París era un enigma. En la *roulotte* de su CG de operaciones, disperso dentro de un bosque anegado de lluvia, a dos kilómetros de la playa normanda de Granville, el general Dwight Eisenhower había llegado finalmente a una decisión, quizá la más importante después del desembarco: París sería liberado lo más tarde posible. Los ejércitos bajo su mando no marcharían de inmediato sobre la capital francesa. Antes contornearían y rodearían su objetivo. París no sería liberado antes de dos meses, como mínimo, hasta mediados de setiembre.

No era aquélla una resolución que el comandante supremo hubiese tomado a la ligera. Eisenhower sabía mejor que nadie la enorme repercusión emocional que la liberación de París tendría sobre los franceses, sobre sus propios soldados y sobre el mundo entero. Conocía perfectamente la creciente impaciencia de tres millones y medio de parisienses.

Sin embargo, la fría argumentación de un informe militar de veinticuatro páginas mecanografiadas había pesado más sobre su espíritu que la palabra mágica: «París».

Se trataba de la carpeta que llevaba por título: *Ultra Secreto –Operación Post-Neptuno*—⁴ *Cruce del Sena y toma de París*. Los autores de la misma eran los consejeros militares del SHAEF,⁵ tres oficiales cuyo trabajo consistía en suministrar al comandante en jefe toda clase de informes y recomendaciones que le permitieran luego determinar su propia estrategia.

Eisenhower sabía ya que los alemanes defenderían París a ultranza. «Todas las razones geográficas y estratégicas les obligaban a ello», diría más tarde.

Y la conquista de París constituía precisamente una batalla que el general estadounidense no quería entablar. El informe de veinticuatro hojas que descansaba sobre la mesa de madera que le hacía las veces de escritorio explicaba el por qué:

Si los alemanes deciden hacerse fuertes en París —advertían los consejeros del SHAEF—, para desalojarlos, habría que librar una dura y costosa batalla en sus calles, como en Stalingrado, batalla que acarrearía la destrucción de la capital francesa.

Eisenhower se negaba a correr este riesgo. E igualmente se negaba a correr el riesgo de enviar sus tropas blindadas al avispero de París, cuando podían desplegarse casi libremente por toda la campaña francesa.

Pero, por encima de todo, una consideración primordial le había forzado a tomar su decisión. Constaba en uno de los párrafos del informe:

La liberación prematura de París haría recaer sobre nuestras fuerzas graves problemas de aprovisionamiento y transporte. Las obligaciones civiles

4. La invasión fue llamada primero: «Operación Overlord», pero, después del desembarco, había recibido el nombre de «Operación Neptuno».

5. Supreme Headquarters of Allied Expeditionary Forces = cuartel general supremo de las fuerzas expedicionarias aliadas.

que tal liberación nos obligaría a asumir representarían el mantenimiento de ocho divisiones combatientes.⁶

O sea, para decirlo de otro modo, la liberación de París representaba para Eisenhower arriesgarse a que una cuarta parte de su ejército quedara inmovilizado por falta de gasolina. Tal riesgo no lo aceptaría jamás. Aquel verano, la gasolina era la cosa más preciada que existía en el mundo. «La pérdida de un solo litro –diría más tarde–, me resultaba insoportable.» Y París podía hacerle perder centenares de miles.

Porque era indudable que el liberador de París tendría la obligación moral de socorrer a los tres millones y medio de parisienses. Era un problema angustioso.

Sólo para el avituallamiento y los medicamentos –decía el informe del SHAEF–, las necesidades de la población civil de París ascienden a setenta y cinco mil toneladas en los dos primeros meses. Además de quinientas toneladas de carbón diarias para los servicios públicos.

Puesto que los ferrocarriles estaban inutilizados, tendría que echarse mano de millares de camiones para el transporte a París, desde los únicos puertos disponibles y ya saturados –Cherburgo y las playas de desembarco–, o sea, unos seiscientos cincuenta kilómetros entre ida y vuelta, del enorme tonelaje que necesitaban los parisienses. «*Avoid that commitment... and liberating Paris.*» Evite cargar con tales responsabilidades... y liberar París por tanto tiempo como sea posible, preconizaban los consejeros del SHAEF.

Habían sugerido otro plan al comandante supremo. Consistía en ejecutar un gran movimiento de tenaza, por el norte y el sur de París, a través de las grandes llanuras, que se prestaban a la evolución masiva de los carros de combate y al empleo intensivo de la aviación.

Con este mismo movimiento, los aliados podrían apoderarse de las rampas de lanzamiento de las V_1 y V_2 , situadas en el norte de Francia. Los consejeros de Eisenhower estimaban que la destrucción de estas

6. En aquella fecha (1 de agosto), habían desembarcado ya treinta y siete divisiones.

rampas era tan urgente que, por sí sola, justificaba «aceptar unos riesgos superiores a los normales».

El Grupo 21 de Ejércitos ingleses, mandado por Montgomery, atacaría por el bajo Sena, entre el Oise y el mar. Se apoderaría del puerto de El Havre y de las rampas de lanzamiento de las V_1 y V_2 y avanzaría en dirección norte, hasta Amiens, situado a 138 kilómetros al norte de París. Después, desde Amiens, lanzaría dos Cuerpos de ejército hacia el este, en dirección a Reims. Durante este tiempo, al sur de París, el Grupo 12 de Ejércitos estadounidenses pasaría el Sena a la altura de Melun y atacaría hacia el nordeste en dirección a Reims. Ingleses y estadounidenses se juntarían entonces, encerrando en una bolsa gigantesca a los Ejércitos alemanes 1, 7 y 15. Según todas las previsiones, París caería por sí misma entre el 15 de setiembre y el 1 de octubre.

Este plan tenía para Eisenhower una triple ventaja: salvaba a París de la destrucción, al evitar una batalla en sus calles, representaba la eliminación de importantes fuerzas alemanas; y, sobre todo, economizaba cada gota del precioso combustible, en vistas a este objetivo primordial: una brecha en la Línea Sigfrido y una cabeza de puente al otro lado del Rin, antes del invierno.

Una noche de bruma, en Normandía, Dwight Eisenhower, había decidido finalmente la adopción de este plan. E, inmediatamente, la máquina bien engrasada que tenía bajo su mando se había puesto en marcha para ejecutarlo.

Cierto que aquella máquina podía ser obstaculizada por un solo grano de arena. La sublevación del pueblo de París, por ejemplo. Sin embargo, Eisenhower no sentía preocupación alguna a este respecto. Las instrucciones «muy severas» que había dirigido al general Pierre Koenig, jefe de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI), determinaban que, ni en París, ni tampoco en ninguna otra parte debía producirse ninguna acción armada sin su consentimiento. Había advertido claramente a Koenig que era esencial «que no se produjera en París ningún acontecimiento de tal naturaleza que pudiera trastornar nuestros planes».

Eisenhower se daba cuenta de que, para los parisienses, impacientes por ser liberados, suponía una prueba difícil de soportar; pero, según dijo más tarde al general Walter Bedell-Smith, su brillante jefe de Esta-

do Mayor, si pudiesen «vivir unos cuantos días más con los alemanes, su sacrificio nos permitiría, quizá, acabar antes la guerra».

Animar a los franceses a que aceptasen este último sacrificio fue el motivo de que un agente del Servicio de Inteligencia, llamado Alain Perpezat, saltase sobre la Francia ocupada, una noche sin luna.

PLAN INICIAL DE EISENHOWER: RODEO DE PARÍS

El Grupo 21 de Ejércitos Británicos, al cargar hacia el norte y nordeste en dirección a Soissons, y el Grupo 12 de Ejército de Estados Unidos, al avanzar en dirección a Reims, tienen por misión desbordar París por el norte y el sur, encerrando en un círculo a los Ejércitos alemanes 1, 7 y 15. La caída de la capital está prevista entre el 15 de setiembre y el 1 de octubre. (Véase mapa página 25.)

4

Para un francés llamado Charles de Gaulle, el destino de Francia y el de su propia persona iban a jugarse en París. En aquel entonces, dentro del calor húmedo del palacio moruno de Argel, donde se consumía de impaciencia, el jefe de la Francia Libre sabía que París era el único sitio en donde podía ser ganado o perdido el audaz envite que había realizado cuatro años antes. Estaba convencido de que los acontecimientos que iban a producirse en la capital francesa durante las próximas semanas tendrían un alcance considerable. Ellos decidirían la autoridad que habría de establecerse en la Francia de la posguerra.

Charles de Gaulle estaba resuelto a que tal autoridad fuese la suya. Sin embargo, conocía la existencia de hombres que, aquel verano, conspiraban contra él para obstaculizar su camino hacia el poder. Unos eran sus adversarios políticos, los comunistas franceses; otros, sus aliados militares, en particular, los estadounidenses.

Después de una corta luna de miel en 1940, las relaciones entre Estados Unidos y De Gaulle habían ido bajando de nivel progresivamente. El reconocimiento del Gobierno de Vichy por los estadounidenses, el acuerdo a que habían llegado con el almirante Darlan,⁷ el hecho de que Roosevelt no hubiese juzgado oportuno informar a De Gaulle del desembarco en el Norte de África y, en fin, cierto antagonismo personal entre el general francés y el presidente de Estados Unidos, todo ello había creado una atmósfera de desconfianza recíproca, que envenenaría las relaciones francoestadounidenses durante el verano de 1944.

Nada irritaba más a De Gaulle que la persistente negativa de Roosevelt a reconocer al Comité Francés de Liberación Nacional (C. F. L. N.) como Gobierno provisional de Francia. Veía en ella una negativa pública y oficial por parte de Estados Unidos a reconocer la autoridad de su persona en Francia. Roosevelt había definido la posición de Estados Unidos en este aspecto en una nota dirigida al general George Marshall, con fecha 14 de junio de 1944.

Debemos aprovechar —escribía el presidente de Estados Unidos— hasta el máximo toda la organización y toda la influencia de De Gaulle en provecho de nuestro esfuerzo militar, bien entendido, naturalmente, que no intentaremos nunca imponer su Gobierno, por la fuerza, al pueblo francés.

Roosevelt había advertido también a Eisenhower que el SHAEF podía tratar con el Comité Francés de Liberación Nacional, «a condición de que no se trate de reconocerlo como Gobierno provisional de Francia».

Mayor grado de confianza poseían las relaciones que De Gaulle sostenía con Eisenhower. No obstante, éste último decía: «De Gaulle busca siempre hacernos cambiar esto por aquello, para acomodarlo mejor a sus propósitos políticos.» En una nota redactada en junio de 1944, el

7. Los estadounidenses habían tratado secretamente con Darlan, que obraba en nombre del mariscal Pétain, para evitar toda resistencia militar francesa al desembarco aliado en África del Norte. Cuando, al despertarse el día 8 de noviembre de 1942, el general De Gaulle fue informado por su ayuda de campo del desembarco de los aliados, su reacción fue la siguiente: «Espero —dijo— que Vichy vuelva a echarlos al mar.»

general Walter Bedell-Smith, jefe del Estado Mayor de Eisenhower, decía también:

Me gustaría ponerle (a De Gaulle) al corriente, con tal de que alguien pudiera definirme su posición con respecto a este CG. Pero que yo sepa, no la tiene.

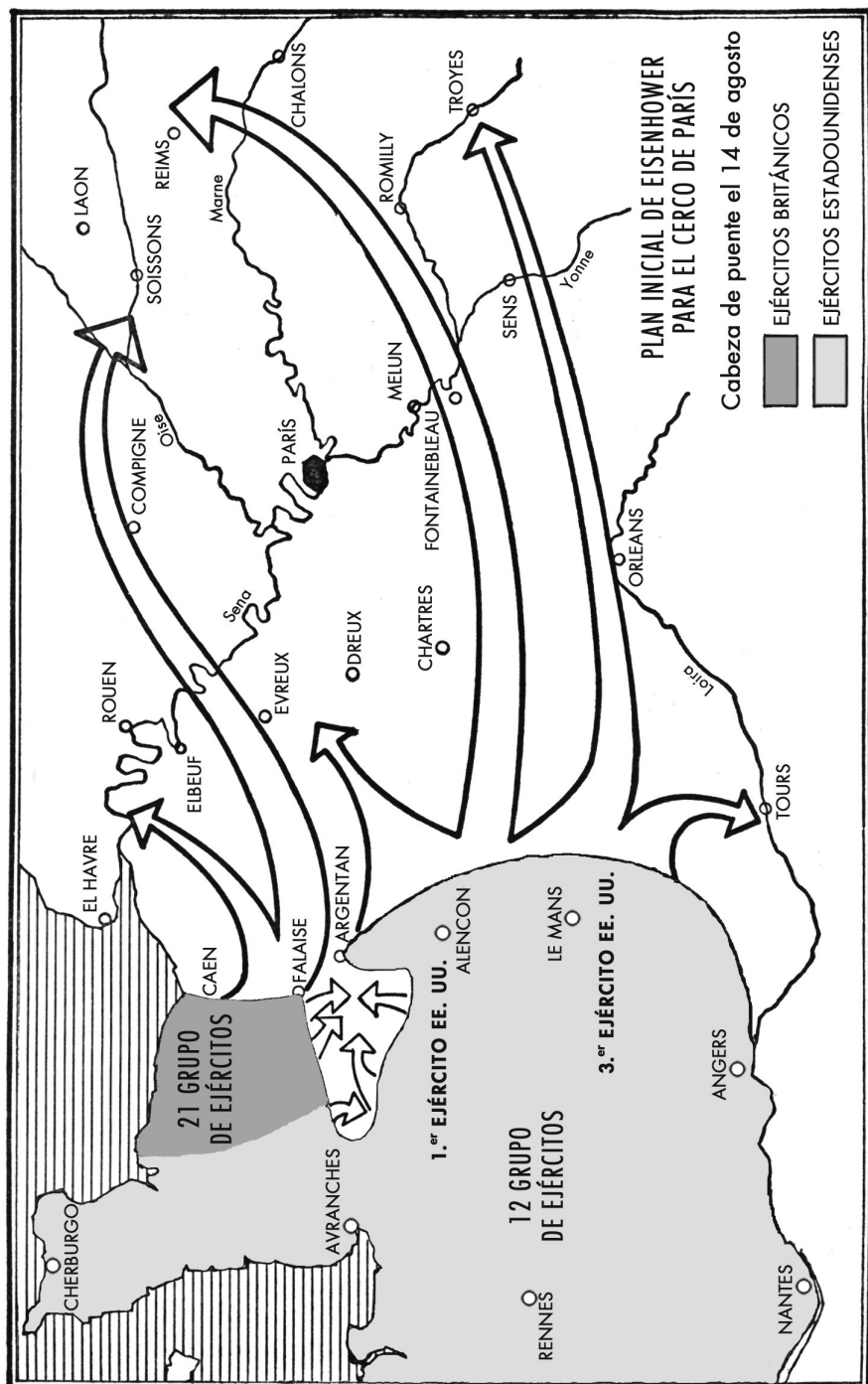
Entre las múltiples diferencias⁸ que, aquel verano, separaban a De Gaulle de sus aliados, había una sobre la cual el jefe de la Francia Libre no haría concesión alguna. Jamás toleraría que los aliados instalasen sobre el suelo francés ni un solo funcionario del Gobierno militar que habían creado para la administración de los territorios liberados. En ocasión de su primera visita a Washington, en el mes de julio, De Gaulle había tratado esta cuestión con el propio Roosevelt. Finalmente, los dos hombres habían convenido en que la Francia liberada sería dividida en dos zonas. En la zona llamada «interior», la autoridad correspondería a los hombres designados por el general De Gaulle. En la zona llamada «de operaciones», el SHAEF sería soberano. La definición geográfica de estas dos zonas se dejaría al arbitrio del propio Eisenhower.

Era un acuerdo limitado. Por otra parte, De Gaulle, al salir de la Casa Blanca, había dicho confidencialmente al embajador Murphy: «Todos los acuerdos a que ahora podamos llegar caducan el mismo día en que termine la guerra.»

Roosevelt sólo olvidaba una cosa: el propósito decidido e inflexible de Charles de Gaulle de instalarse en París, él y su Gobierno, en cuanto tal instalación se hiciera posible. De ello dependían su propio destino y el de Francia.

De Gaulle estaba convencido de que, en aquellas críticas jornadas de los primeros días de agosto de 1944, Roosevelt haría una última

8. De Gaulle se indignaba especialmente por el hecho de que los aliados intervinieran sus comunicaciones de radio. Éstas, por razones técnicas, se celebraban por intermedio de las instalaciones inglesas y estadounidenses. De Gaulle se había opuesto también violentamente a la pretensión que albergaban los aliados de poner en circulación una moneda militar tan pronto como tuviera lugar el desembarco.



tentativa para cerrarle el camino al poder.⁹ El presidente de Estados Unidos se esforzaría en impedir que De Gaulle llegara a París, mientras los agentes del Departamento de Estado buscaban poner en marcha alguna combinación política. De Gaulle estaba seguro de que aquellos planes no alcanzarían el menor éxito. Lo único que temía era que pudiesen retrasar su regreso lo suficiente para permitir que sus verdaderos adversarios, los comunistas, se adueñasen del poder. Porque sabía que se estaba fraguando una carrera desesperada entre los comunistas y él. El objetivo inmediato de esta carrera era París. Toda Francia se uniría al vencedor.

Hacía ya tiempo que De Gaulle se preparaba para esta carrera. Desde enero de 1943, había prohibido al responsable de los envíos por paracaídas, el coronel Passy, que se dejaran caer armas directamente destinadas a los comunistas. El 14 de junio de 1944, amplió esta prohibición a todos los envíos sobre la región parisiense. De Gaulle empezó a poner en práctica el plan que habían elaborado para impedir que los comunistas se adueñaran del poder, el mismo día del desembarco.

A medida que se liberaba el territorio nacional, la autoridad civil era entregada a un comisario de la República, nombrado por el mismo De Gaulle y responsable únicamente ante su Gobierno. Estos comisarios de la República recibían instrucciones precisas relativas a sus relaciones con los comités locales de liberación, los cuales (De Gaulle estaba convencido de ello) eran dominados por los comunistas. Tales comités no debían desempeñar autoridad alguna en las regiones liberadas. Y bajo ningún pretexto debían tratar de erigirse en Comités de Salud Pública, al estilo de los Comités de la Revolución francesa.

De Gaulle había recibido varios informes alarmantes. Dichos informes convenían unánimemente en asegurar que los comunistas estaban mejor organizados, más fuertes y más resueltos que nunca a asumir el poder.

9. Las sospechas del general De Gaulle estaban muy lejos de carecer de fundamento. En julio de 1944, Roosevelt había confesado al embajador Murphy que estaba «absolutamente dispuesto a aceptar cualquier solución para descartar a De Gaulle, siempre que fuese posible hallarla».

De Gaulle estaba convencido de que la prueba decisiva tendría lugar en París, donde había ya veinticinco mil comunistas armados. El partido comunista procuraría desatar un levantamiento popular, a cuyo amparo trataría de hacerse con los resortes del mando. Cuando él y sus ministros entrasen en París, se encontrarían frente a una «Comuna» que «proclamaría la República, respondería del orden, distribuiría la justicia...».

Al principio, al mismo De Gaulle se le asignaría alguna posición honorífica, desprovista, naturalmente, de toda autoridad real. Luego, cuando los comunistas hubiesen consolidado su posición, llegaría el momento en que sería totalmente eliminado de la vida política francesa.

Tales eran, según creía Charles de Gaulle, los objetivos de sus adversarios políticos al comenzar el mes de agosto de 1944.

Alejandro Parodi, el alto funcionario que representaba en París al jefe de la Francia Libre, sabía que De Gaulle estaba seguro de que si era preciso para alcanzar sus objetivos, los comunistas no vacilarían en oponerse por la fuerza a sus propios designios.¹⁰

10. El mismo partido comunista y muchos que no eran comunistas negaron después que tales fuesen sus intenciones en agosto de 1944. Probablemente no se sabrá jamás hasta dónde estaban dispuestos a llegar los comunistas. No obstante, parece evidente que estaban decididos a apoderarse de los resortes del mando, que, más tarde, les permitirían apoderarse del poder propiamente dicho, como sucedió en Praga. Quizá la opinión que mejor resume el pensamiento de los comunistas con respecto a De Gaulle es la de un jefe búlgaro de la Resistencia. Para Yvan Kaleff, cabeza de un maquis en el sur de Francia, «De Gaulle es, por el momento, un mal necesario. Pero, ¡quién sabe si, después de la guerra, Francia querrá igualmente a De Gaulle...!»

Cualesquiera que fuesen los objetivos comunistas, los acontecimientos interiores que siguieron a la liberación de Francia, demostraron que las sospechas de los gaullistas no eran demasiado exageradas. En el sudoeste, donde el arraigo comunista era considerable, le costó varios meses al poder legal de De Gaulle obtener el control de la región. El informe del segundo buró estadounidense, del 26 de octubre de 1944, sobre «la situación interior francesa y las intenciones comunistas», comunicaba a los aliados que, «si la situación interior francesa sigue siendo tan mala como lo es actualmente..., se puede llegar a una revolución comunista». El informe del Office of Strategic Services señalaba, además, que en Toulouse se detenía cada día ilegalmente cincuenta personas, y que cuarenta mil F.T.P. armados estaban a punto de ser enviados clandestinamente a París «para la

Ante estas amenazas, la táctica del general De Gaulle era sencilla. Simplemente, se apoderaría de los instrumentos del poder antes que los comunistas. Cualquiera que fuese el precio que debiera pagar o los medios que se necesitase emplear, estaba determinado a llegar al poder el primero.

En el mismo momento en que, en su cuartel general de Normandía, Dwight Eisenhower decidía por fin retrasar la liberación de París, Charles de Gaulle, desde Argel, mandaba un memorándum secreto al general Koenig, jefe de las FFI: «Quiéranlo o no los aliados —decía De Gaulle—, es esencial que París sea liberado lo antes posible.» Tan pronto como fuese liberado, él haría su entrada en la ciudad e impondría seguidamente su autoridad y la de su Gobierno.

De Gaulle había dado ya sus primeras disposiciones. Al igual que Eisenhower, también él creía que una sublevación armada de París supondría un desastre tal que se hacía necesario dar órdenes imperativas para impedir que se produjera. El hombre encargado de hacer respetar tales órdenes se escondía en la habitación de una sirvienta. Las órdenes eran claras. París no se levantaría contra el ocupante, bajo ningún pretexto, sin el consentimiento personal del general De Gaulle.

5

Quizá París representase aún más para el alemán que, desde el interior de un refugio de cemento armado y acero, sito en Rastenburg, Prusia Oriental, dirigía los ejércitos del Tercer Reich.

Durante cuatro años, de 1914 a 1918, seis millones de alemanes, en-

eventualidad próxima de un golpe de Estado». Según el OSS, había ya allí diez mil hombres. El golpe de Estado tendría lugar en el mes de enero. En ocho o diez días, los comunistas creían poder apoderarse de todas las palancas del mando. También creían que los aliados no intervendrían, ya que se trataba de un asunto estrictamente francés.

tre ellos el cabo Adolf Hitler, habían combatido en las trincheras del frente del Oeste, al grito mágico de *Nach Paris!* Dos millones de ellos habían muerto. Veintidós años más tarde, la victoria que no se había podido lograr en cuatro largos años, había sido obtenida por Hitler en cuatro semanas de guerra relámpago.

El cabo Adolf Hitler había celebrado su cita con París el lunes 24 de junio de 1940. Pocos parisienses habían visto su Mercedes negro detenerse en la explanada del Trocadero. Durante largos minutos, había contemplado la admirable perspectiva que se extendía bajo sus ojos: el Sena, la Torre Eiffel, los jardines del Campo de Marte, la cúpula dorada de la tumba de Napoleón en los Inválidos y, a lo lejos, a la izquierda, las torres casi milenarias de Notre-Dame.

Después de cinco años de guerra, París era el único joyel que le quedaba de todas sus conquistas. Desde hacía cinco días, Adolf Hitler, en su refugio de Rastenburg, seguía sobre los mapas los progresos de los ejércitos aliados que se colaban por la brecha de Avranches. Hitler sabía que la batalla de Francia se hallaba en curso. Si la perdía, sólo le quedaría una por librar: la batalla de la misma Alemania.

Y al igual que Charles de Gaulle, Hitler no ignoraba que París era el eje a cuyo alrededor giraba Francia entera. Durante su corta vida, Adolf Hitler había atacado París dos veces. Pronto la ironía del destino le haría representar el papel opuesto: se vería obligado a defender París. Los estrategas aliados sabían que tenía todas las razones para querer aferrarse al formidable erizo que constituía la aglomeración parisiense sobre el Sena. Perder París significaba perder las bases de lanzamiento de aquellas armas milagrosas que debían decidir el resultado de la guerra. Significaba permitir que los ejércitos aliados llegaran a las puertas del Reich. Hitler, pues, lucharía por París como había luchado por Stalingrado y Monte Casino. Al cabo de algunos días, el amo del Tercer Reich, desde el fondo de su refugio de la Prusia Oriental, resolvería defender París hasta el último hombre. Aquel día, golpeando la mesa con el puño, les gritaría a la cara a sus generales: «¡El que tiene París, tiene toda Francia!»